

LA SIERRA NEVADA DE GÜICAN, COCUY O CHITA

Por: MANUEL ANCIZAR

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 45 y 46, Volumen XIII
Primero y Segundo Trimestre de 1955*

P

or momentos, al llegar a las mesetas limpias de arbustos, se nos presentaban delante, y a mano derecha cerrando el horizonte, las resplandecientes masas de nieve amontonadas por los siglos sobre las altivas cumbres de la Sierra. Andadas dos leguas llegamos en frente de los restos de un largo cerro interpuesto como el muro de una fortaleza gigantesca, que es preciso escalar trepando por entre peñascos desquiciados hacia una brecha que hiende el descarnado espinazo, última barrera que nos separaba del objeto de nuestro viaje. Desde aquella brecha se domina el Llanorredondo, término de la región habitable, circuido de paredones y grupos discordantes de caliza tosca y arenisca micácea, cuyos estratos irregularmente sublevados por un extremo se levantan verticales formando crestas puntiagudas y lisas, contra las cuales se rompe el viento con un sonido particular e imponente; abajo se hace un llanito cubierto de yerba menuda y entretejida en que pastan algunas ovejas cargadas de lana, e interrumpido por bosquecillos de arbustos lustrosos, a cuyo abrigo permanece el ganado mayor, peludo y de aspecto semejante a los bisontes. En un extremo del llano a 3.985 metros sobre el nivel del mar, está la casa en que viven los que cuidan del ganado, soportando con indiferencia la temperatura de 6 centígrados y frecuentemente las nevadas que manda la Sierra y cubren el suelo por espacio de tres o cuatro días sin derretirse. El cóndor y el buitre son los enemigos que han de combatir, vigilando los rebaños de ovejas, tras de los cuales andan aquellas aves saltando de picacho en picacho, para aprovechar el menor descuido y lanzarse sobre la presa, habiendo cóndor tan pujante, que levanta en las garras un cordero mediano, y hace remolinear los arbustos al batir sus fuertes alas. Desde la casa hasta el pie de la Sierra mide el llano una legua, en que el suelo negro, apretado y cubierto de gramíneas y pequeños frailejones blancos, se halla interrumpido por colinitas de esquistos arcillosos y cortados por arroyuelos angostos, límpidos como el cristal y corriendo sin el menor ruido, según se les ve

siempre en las cimas tendidas de nuestros Andes. Junto a la Sierra el frailejón se multiplica, se apodera exclusivamente del terreno y adquiere proporciones de árbol, levantando su inmóvil copa sobre largos y embetunados troncos. El suelo se encuentra removido y sembrado de fragmentos lisos de rocas, que revueltos con arenas y margas forman una especie de cercas paralelas a la base de los cerros de cuyos costados abiertos han sido arrancadas y arrastradas por una fuerza lenta y perseverante: éstas son las morenas que acompañan a los neveros y quedan, después que las nieves han desaparecido, atestiguando a lo ancho de los valles que allí existieron hielos eternos, como sucede en algunos puntos de los Pirineos y Alpes, que hoy no son nevados. Nos hallábamos a 4.300 metros de altura y 5 centígrados de temperatura: el frailejón había quedado atrás: los líquenes aparecían a trechos al abrigo de las peñas, y rara vez salían de las hendiduras las cortas y retorcidas ramas de algún arbustico sólido y lustroso, como el acero pulimentado: el aire es allí quieto, insuficiente para la respiración agitada por el ejercicio, de donde procede el desfallecimiento que sufren las personas y las bestias, llamado *chacuá*, perdiendo el tino y el equilibrio: la atmósfera tan diáfana, que las distancias se equivocan, juzgando muy cerca los objetos lejanos; ni un ave, ni un ruido de vida perturba la solemne soledad; y la voz humana se trasmite clara y sin rival por el espacio. Tocábamos ya con las manos el bisel o límite inferior de un inmenso nevero que se descuelga por un plano rápido desde lo alto de la Sierra, llevando a los lados y al frente muros de roca revolcados entre arena, greda y cascajo, arrancados del suelo por el cortante filo del nevero, y presentando el aspecto de surcos de 40 a 60 metros de altura. El del costado derecho se prolonga cerro arriba durante media legua hasta el borde de las nieves permanentes, y determinamos aprovecharlo para andar a caballo todavía, bien que el piso desigual y fofo dificultaba la marcha de las muías, las cuales se detenían frecuentemente y volvían las cabezas hacia el distante llano habitado, como amedrentadas por las moles de nieve que nos rodeaban.

Por fin hicimos alto para continuar escalando a pie la masa deslumbradora de la cumbre nevada y para examinar despacio la portentosa confusión de pirámides y cerros divididos por fosos profundos que ostenta el nevero, sobre cuyo yacimiento nos hallamos a 4.676 metros de altura, viéndolo tendido a nuestros pies, desarrollándose hasta 600 metros más abajo. Causalo la configuración del suelo en esta parte de la Sierra, en que repentinamente forma un plano muy inclinado, de poco menos de media legua de caída y una milla de ancho. La nieve aglomerada en lo alto, con un espesor de 25 a 30 metros, resbala por la rambla removiendo la tierra y las rocas, hendiéndose en grandes trozos, por falta de base plana en que reposar: vienen luego las lluvias a llenar las grietas del nevero, dentro de las cuales inmediatamente se congela el agua, que ocupando entonces tres veces más espacio que cuando estaba líquida, hace el oficio de cuña y empuja hacia abajo la masa de nieve con fuerza irresistible; y como en cada una de estas grietas innumerables se establece una

poderosa cuña, resulta que la totalidad del nevero se mueve lenta y constantemente, levantando al frente y a los costados enormes surcos de rocas y tierras que cual un poderoso arado arranca de la superficie del cerro y transporta al valle inferior donde se forman las morenas o muros de rocas paralelos a la base de la Sierra. Medido en las grietas el espesor del hielo, resultaron 4 metros en el bisel o punta del nevero, a 4.150 metros de altura sobre el nivel del mar, y de ahí para arriba, hasta 4.676 metros de altura al borde de las nieves sedentarias eternas, el espesor aumentaba gradualmente, alcanzando por fin el grueso de 30 metros. La luz descompuesta en las hendeduras, daba a las paredes un azul celeste, que más abajo se oscurecía, tomaba algunos reflejos del iris y concluía perdiéndose en las tinieblas del fondo. Era un poco peligroso pararse en el borde de estos precipicios movibles, por lo cual no pudimos determinar con fijeza la escala de temperatura dentro de las grietas, pero sí es cierto que aumenta con rapidez hacia el fondo, donde el calor es suficiente para liquidar la nieve; y de aquí procede que la masa congelada disminuya por la base y no por la superficie exterior y nazcan los arroyos a la raíz de la nieve, desde encima de la cual suele oírse en lo profundo el rumor de las ocultas corrientes. El aspecto de la parte superior del nevero era como el de un torrente de nubes vistas por arriba, es decir, una confusa mezcla de pirámides y promontorios, que por un lado reflejaban vivamente la luz y por otro proyectaban sombras caprichosas, al paso que en el cuerpo llevaban embutidos pedazos de rocas que asomaban sus ángulos ennegrecidos por entre el albo material que las contenía.

Deseosos de aprovechar el día, que era, felizmente, claro y sin viento, dimos algunos pasos más y nos encontramos sobre la grande explanada que forma el lomo de la Sierra. La reverberación de la luz era tan intensa, que por un rato nos quitó la vista y hubimos de hacer alto hasta habituarnos a mirar sobre la vasta superficie tersa y blanquísima que se extendía indefinidamente. Seguimos la marcha: nuestros pies eran los primeros que hollaban aquel pavimento de cristal que crujía bajo la presión hundiéndose hasta el tobillo y a veces hasta la rodilla. El señor Quintero traía unos perros cazadores que nunca habían visto suelo de aquella especie, y era de notar las precauciones con que asentaban las patas y las retiraban al romperse los primeros cristales, exhalando aullidos prolongados y haciendo morisquetas que nos hicieron reír de buena gana. Solo después de un rato de experimentos sagaces y animados por nuestras voces, se determinaron a caminar de seguida, pero siempre alzando las patas grotescamente, como si el hielo se las quemara. Continuamos hacia el norte andando las de un cuarto de legua en demanda de una eminencia, en la cual nos establecimos, y tomada la altura y temperatura, resultaron 4.783 metros sobre el nivel del mar, 0° en el suelo y 129 a dos varas de distancia, lo que nos explicó el calor que sentíamos en la cara, efecto de la poderosa reflexión de la luz que nos hizo perder el cutis y llorar a ratos. Físicos de gran reputación habían hablado del peligro de esforzar la voz en tales alturas y del color casi negro de la

bóveda celeste. Nosotros gritamos bastante sin la menor novedad, y vimos el cielo constantemente de color azul pálido: marchamos a paso largo y aún lanzamos bolas de nieve, sin sentir la postración de fuerzas que, para menores alturas, indica el señor Boussingault: sólo sí notamos que la voz no llegaba a mucha distancia ni era devuelta por eco alguno, sin embargo- de haber cerca picachos de rocas desnudas. La explanada de hielo se prolonga norte-noroeste llevando de borde a borde una legua de anchura y cubriendo tres leguas cuadradas, en cuya extensión arropa varias eminencias semiesféricas, la más alta de las cuales mide 5.983 metros sobre el mar. Cuando llegamos allí, avanzaban por todas partes columnas de niebla, que eran absorbidas rápidamente por la nieve, y encima se extendían nubes inmóviles, que luego comenzaron a desgajarse en una espesa lluvia de pajillas brillantes que descendían verticalmente y se nos pegaban de punta a los vestidos. Por bello que fuera contemplar aquel descenso continuo de pequeños prismas, heridos al soslayo por el sol poniente y haciendo rielar en ráfagas los colores del iris, sentimos el suceso pues nos quitaba la vista de las extensas regiones que deben columbrarse desde tan elevado observatorio; y como la nevada crecía y el sol nos abandonaba, hubimos de pensar en retirarnos en busca del mundo animado, abandonando a paso lento unos lugares marcados con el sello del silencio eterno, jamás cruzado por seres vivos y que irresistiblemente infunden cierto recogimiento religioso, como si allí se estuviera más cerca de Dios, o acaso se está más lejos de los hombres.





Pasto. Volcán Galeras en plena erupción.